



Artículo: Del tema de Los misterios al de la justicia del duelo: breves apuntes sobre temas literarios en la visión extranjera de México en el siglo XIX (1844-1857)

Autor(es): Covarrubias, José Enrique

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 89

Año: 2010

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Covarrubias, José Enrique. "Del tema de Los misterios al de la justicia del duelo: breves apuntes sobre temas literarios en la visión extranjera de México en el siglo XIX (1844-1857)" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 89 (2010): p. 20-34. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3551>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

a un autor como Víctor Hugo a gozar de fama mundial. La presentación de los “misterios” de las ciudades, es decir de lo que no se conoce de su faceta de miseria y degradación moral, fue un recurso viable en la medida en que la nueva realidad de las ciudades era desconocida.

Puede concluirse que en Sue no hay propiamente una denuncia social sino una queja sobre la desmoralización de la sociedad. El panorama más acabado no es el de la ciudad o las condiciones de vida, sino el de algunos personajes. Tampoco hay un contenido político definido. La obra refleja los cambios de la vida parisina, de la reestructuración de las ciudades, de la urbanización y de las consecuencias que todo esto traía consigo. *Los misterios de París* supone un análisis social ciertamente muy simple pero no privado de trascendencia, pues Sue intenta llegar a lo emotivo desde una realidad innegable del siglo XIX. □

Del tema de *Los misterios* al de la justicia del duelo: breves apuntes sobre temas literarios en la visión extranjera de México en el siglo XIX (1844-1857)

José Enrique Covarrubias

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Uno de los momentos más interesantes en la historia de la literatura extranjera sobre México inicia hacia 1840. Varias obras aparecidas por entonces o un poco después muestran una mirada ensanchada que comprende aspectos de la realidad mexicana anteriormente soslayados o tratados un tanto de paso. Esto las distingue de los escritos de Poinsett, Ward, Bullock, Beaufoy y otros, quienes dirigían una atención prioritaria a las cuestiones económicas y/o hacia la viabilidad de las aspiraciones republicanas del país. Autores como Brantz Mayer o la marquesa Calderón de la Barca dan ya curso a un pintoresquismo que busca lo singular del país y por lo mismo supone una visión más integral. Junto a estos conocidos autores aparecen otros que, sin olvidar lo específico del país, dan más cabida a la comparación y sitúan a México en un contexto de problemas también presentes en otras latitudes. Un aspecto en que abundan para encontrar lo común entre México y los demás países es el social.

Los escritores a que aquí se hace referencia se distinguen por emprender ciertas reflexiones morales y literarias que no habían desarrollado los viajeros previos, más dados a observaciones y datos muy puntuales y concretos, lo que en buena medida se explica por el hecho de que estaban pre-dirigidos por la lectura del *Ensayo* de Humboldt. En el presente trabajo se intenta ilustrar muy genéricamente sobre el nuevo tipo de abordaje, comparado y reflexivo, con atención a

la influencia de varios temas literarios. Se desea aportar a una comprensión más diferenciada de las secuencias y orientaciones de este interesante tipo de fuentes, cuya diversidad no siempre es reconocida y valorada.

El tema de los misterios en Zamacois

Uno de los temas literarios que aparece en la década de 1840-1850 y es recogido por un español residente en México se relaciona con los “misterios” de las grandes ciudades. Se hace aquí referencia, desde luego, a una reflexión motivada directamente por Eugène Sue y su célebre novela *Los misterios de París*, que no tardó en ser un modelo para muchos literatos de varios países.¹ El español en cuestión es Niceto de Zamacois, quien hacia 1840 emigró a México e inició así una producción literaria que incluyó tanto obras de ficción como relatos y descripciones de tema histórico y descriptivo sobre México, además de su voluminosa *Historia de Méjico* (1876-1882). Todo esto fue parte de una actividad literaria casi prolongada hasta su muerte, en 1885. Zamacois escribió incluso un texto dramático en verso intitulado *Los misterios de Méjico* (1850-1851). El autor de estas líneas ha mostrado ya en otro lugar que para Zamacois el tema literario de los “misterios” no se circunscribe al ámbito urbano sino que lo extiende a México como país, particularmente en sus aspectos históricos.² Sin embargo, también es cierto que Zamacois lo desarrolla con más amplitud al tratar de una ciudad, en este caso la capital mexicana.

Se ha apuntado aquí que para Zamacois el tema de los misterios no se circunscribe a las ciudades. En efecto, comprende las visiones de un artista de la pluma al evocar el pasado de todo un país, aquel en que residen sus orígenes como nación y los grandes personajes que le dan lustre desde un punto de vista histórico. En su novela histórica *El mendigo de San Ángel* (1864-1865), Zamacois da un ejemplo acabado de esto en el pasaje sobre Molino de Flores, en las cercanías de Texcoco. En ese pasaje Zamacois se refiere a los amores y afanes del rey Nezahualcōyotl, al cual imagina resignado, entre su séquito de guerreros, tras constatar que su princesa amada contrajo nupcias con otro gobernante prehispánico. En *El capitán Rossi* (1860), otra novela, Zamacois imagina a la Malinche y otras doncellas indígenas tomando sensualmente un baño en las aguas de Chapultepec, y de esa manera ilustra sobre personajes y lugares que resultan fundacionales en la historia de México. Ya en lo relativo a lo que serían los misterios de la ciudad de México, además del texto dramático mencionado, existen varias descripciones de Zamacois

¹ Sobre esta novela y su autor, con su idea de lo que serían los misterios de una ciudad, véase el trabajo de Julieta I. Martínez incluido en este número de *Históricas*.

² José Enrique Covarrubias, “Niceto de Zamacois y su crítica al liberalismo exaltado en México entre 1821 y 1867”, en Aurora Cano Andaluz, Manuel Suárez Cortina, Evelia Trejo Estrada (eds.), *Cultura liberal, México y España. 1860-1930*, Santander/México, Universidad de Cantabria/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2010, p. 339-344.

en el libro colectivo *México y sus alrededores* (1855-1856) en que este español se refiere a algunos monumentos y sitios importantes de la ciudad de México (la Catedral, el Palacio del Ayuntamiento, etcétera), sin dejar de evocar escenas y atmósferas de la historia relacionada con ellos.

Zamacois tiende a una reconstrucción histórica de tonos amables y apacibles, a lo que lo impele su condición de español que busca resaltar los aspectos nobles de la dominación colonial en México. De esto resulta un contraste importante con la temática de los misterios de Sue, quien se muestra proclive a presentar aspectos muy ásperos del universo urbano corrompido del París decimonónico. Zamacois evocará continuamente hechos y sitios del periodo virreinal que dan lustre a la colonización española. Pese a todo, no falta en él una fidelidad al principio de Sue en torno a la invisibilidad o relativa invisibilidad de los personajes y ambientes que el novelista tiene el cometido de hacer visibles. Al desplegar la temática en relación con la ciudad de México, Zamacois presenta realidades ocultas o sólo parcialmente visibles, y es ahí donde incorpora ese tópico de la realidad invisible hecha visible. Es de señalarse que Zamacois escribe sus dos novelas para dar a conocer episodios históricos y costumbres de los mexicanos, y este ánimo, un tanto pedagógico, altera ya un poco el sentido de Sue al redactar una literatura de “misterios”.³

Respecto del punto de la invisibilidad importa mencionar que Sue desplegó su talento trazando un escenario urbano eminentemente nocturno, una especie de Hades parisino que se despliega en la oscuridad y pone en acción a personajes siniestros de miras corruptoras y depravadas. Algo de esto hay también en el Zamacois novelista, si bien de manera más recatada. En *El capitán Rossi*, nuestro autor incluye un pasaje en que se refiere a la reunión nocturna de una logia masonica en la ciudad de México, donde los villanos de la novela⁴ planean actividades políticas subversivas, orientadas principalmente contra los españoles residentes en México.

En este relato, como en *El mendigo de San Ángel*, Zamacois presenta una especie de conspiración continua contra los españoles aposentados en México por parte de emigrantes europeos o norteamericanos, quienes cuentan para esto con la complicidad de los liberales exaltados mexicanos. Esta trama, desde luego, se compagina muy bien con el carácter oscuro, secreto, del tema novelístico de los misterios. Como en el caso de Sue, Zamacois siembra sus relatos de personajes marcadamente buenos o malos, y los primeros suelen ser víctimas, por supuesto, de los segundos. El inmoral afán de lucro de los negociantes norteamericanos y europeos establecidos en México los lleva a unirse a los liberales exaltados mexicanos en el propósito de minar las costumbres y valores caritativos propios del

³ Zamacois edita *El capitán Rossi* primeramente en España, para luego publicarla en México. De *El mendigo de San Ángel* no he encontrado referencias a alguna publicación española previa a la mexicana ya señalada, aunque no sería de descartar que la haya habido.

⁴ Que son, por una parte, el italiano Picaluga, el famoso delator de Guerrero, así como algunos liberales exaltados que siguen el juego a éste en sus actividades políticas destructivas.

catolicismo hispánico y adoptar en cambio un talante materialista y voraz. Esto explica, por ejemplo, que los liberales mexicanos de la logia yorkina se presten a allanarles el camino y promuevan la expulsión de los españoles en varias ocasiones. En consecuencia, la mayoría de los españoles son presentados, junto con la mayoría de los mexicanos, como fieles al catolicismo hispánico, como emblemas de inocencia, de sentimientos nobles y refinados, y como movidos por un apego muy elevado y digno de las costumbres religiosas. Sus adversarios aparecen, por otra parte, como movidos por una conjunción repelente de avaricia y lujuria.

Tómese en cuenta, por ejemplo, la trama de *El mendigo de San Ángel*. Se trata de una joven huérfana, Clotilde, recogida caritativamente por unos hermanos llamados Emilio e Inés, quienes sacrifican sus posibles proyectos de matrimonio con tal de poder cuidar y ofrecer un buen futuro a Clotilde. Tras haber llevado una vida sana, esta singular familia se ve azotada por una repentina afición al juego en don Emilio, incitado a ello por Duval, norteamericano que desea casarse con Clotilde. Ésta ama, sin embargo, a Leopoldo, un pintor movido por el ideal romántico del héroe artista, normado por el espíritu de belleza y verdad. La trama muestra cómo Duval infructuosamente trata de dominar el alma de Clotilde, quien finalmente logra evitar el matrimonio con él. El villano del relato es, desde luego, Duval, quien junto con otro extranjero siniestro (el doctor Willey) ve en México un paraíso para el botín y la explotación de la gente inocente.

En un primer momento parecería obvio que Zamacois sitúe este tipo de tramas prioritariamente en la ciudad de México. Él habita durante la mayor parte de su vida en dicha ciudad, que por lo mismo era la urbe del país que mejor conoce. Sin embargo, puede existir otra razón, menos vinculada con su situación personal, que venga a cuento para explicar el emplazamiento de sus tramas novelísticas en la capital: para Zamacois la ciudad de México es la suma de todo lo bueno que la colonización española ha traído consigo. Por lo mismo, emplazar a los extranjeros y los liberales exaltados como agentes activos de las conspiraciones antiespañolas en la capital encaja muy bien con la temática literaria de los misterios. Tiene que ser en este escenario grandioso y glorioso donde se sitúen las maquinaciones de los extranjeros alevosos para darle un mayor dramatismo a la historia.

Es pertinente insistir: para situar novelísticamente a los enemigos de la presencia e influencia española en México, ya fueran mexicanos o extranjeros, no es indispensable concebirllos en la capital mexicana. También en Jalisco, Zacatecas y otras entidades de la república han surgido tras la Independencia gobiernos y círculos políticos embarcados en una línea muy hispanófoba. La expulsión de los españoles, que es el episodio histórico central de su primera novela, no obliga a que los personajes y sucesos de la misma se ubiquen preponderantemente en la capital. Sin embargo, al hecho terrible de ver a la gran urbe edificada por los españoles como escenario de iniciativas hispanófobas, Zamacois suma la circunstancia de que la ciudad de México es el principal punto comercial y financiero del país, aquel en que los negociantes extranjeros sientan cada vez más sus reales a costa de los hispanos.

Podemos concluir, en torno a Zamacois y su versión del tema de los misterios, que él ante todo recogió el motivo y lo empleó para exaltar el pasado español y los aspectos tradicionales de la sociedad mexicana. Es una modalidad mucho más conservadora, en cuanto a su estudio de lo social, que la de Sue. Sin embargo, tiene en común con el francés el propósito de mostrar los agentes de la degeneración moral de la sociedad. La claudicación frente a los vicios y las pasiones destructivas (la inédita afición al juego de don Emilio, por ejemplo) termina explicada no sólo por la debilidad particular de los individuos concretos sino como parte de un proceso de transformación social, en este caso la disolución de las viejas costumbres y la mentalidad novohispanas a causa de la influencia de los negociantes europeos o norteamericanos emigrados a México. Zamacois traza así un paralelo mexicano al de la corrupción desencadenada en la Francia orleanista por el egoísmo de los nobles y burgueses, ya no contenido por los viejos miramientos del honor y la religión.

Es de señalar, finalmente, que en las novelas de Zamacois hay un cierto contraste entre un medio urbano vicioso y uno rural sano, de la misma manera que ocurre en *Los misterios de París* de Sue. Sin embargo, en el español la demonización de las criaturas urbanas es más recatada que en el francés. De cualquier manera, también él presenta sitios cercanos a la ciudad de México que resultan excelentes lugares de retiro y purificación: Chapultepec, Texcoco, San Ángel, etcétera. Al describir estos sitios o monumentos encuentra Zamacois la oportunidad de recrear atmósferas de placidez con una soltura que francamente no encuentro en otros escritores del medio mexicano de esa misma época. Es también cuando Zamacois exhibe sus dotes para la descripción, que desarrolla en sus numerosas relaciones de costumbres y lugares contenidas en artículos y capítulos de libros.

Cerremos pues este apartado con un detalle muy significativo de la plácida descripción de la casa habitada por Clotilde, la heroína de *El mendigo de San Ángel*. La casa está construida en la villa de este último nombre, en estilo neoclásico, con una espaciosa portada de orden dórico. Respecto del segundo piso de la misma, afirma Zamacois:

Sostenía el segundo cuerpo de esta casa, un peristilo corintio con enlosado de mármol de Génova; y al lado izquierdo y derecho que daban entrada al edificio, se descubrían dos magníficos pórticos, también corintios, *en que el artista había dejado escrita una página honrosa que le colocaba entre los más distinguidos arquitectos de la Antigüedad*.⁵

Que Zamacois encuentre comparable al arquitecto de una casa de San Ángel con los mejores de la Antigüedad entera sólo demuestra hasta dónde está dispuesto a llegar con tal de apuntalar la gran idea que difunde de los sitios y la vida en México, particularmente de la capital y lugares aledaños.

⁵ Niceto de Zamacois, *El mendigo de San Ángel*, México, Mauci, s/a, I, p. 6. Las cursivas son mías.

Un segundo ejemplo del tipo de reflexión que gana fuerza entre los viajeros y extranjeros hacia 1840 lo tenemos en dos autores que se refieren al tema de la educación en tanto que formación de hábitos y sentimientos y no sólo transmisión de conocimientos. Al igual que Zamacois, los autores en cuestión son españoles. El primero, Luis Manuel del Rivero, no es muy conocido pese a que su *Méjico en 1842* (1844) ofrece una de las evaluaciones críticas más interesantes sobre la situación del país hacia los años del santanismo.⁶ Vicente Calvo, por su parte, ha permanecido aún más ignorado durante casi dos siglos, lo cual se debió a que su escrito sobre México, la *Descripción política, física, moral y comercial del Departamento de Sonora en la República Mexicana* (1843), no fue editado hasta fechas muy recientes.⁷

No se puede hablar de las ideas de Rivero sobre la educación en México sin mencionar antes su visión crítica de la situación de este país en las primeras décadas de Independencia. El español somete a su juicio muchas cosas, pero es pertinente referir aquí el sinsabor que le provoca el desprestigio político sufrido por la capital mexicana. Rivero condena que en la república federal se haya olvidado o ignorado el significado político de la ciudad de México, sobre todo por lo que ella significó durante los siglos coloniales en cuanto a “trabajo social”, según los propios términos usados por este autor.⁸ Con esta expresión se refiere a la organización administrativa y la impartición de justicia que tuvieron lugar bajo la actuación coordinada del virrey y la Real Audiencia, instancias que, de acuerdo con Rivero, implicaron una atención eficiente a quienes vivían de su trabajo o su talento, agradecidos a su vez por verse preferidos frente a quienes procuraban los privilegios aristocráticos. En la ciudad de México tenían asiento las principales instancias de este gobierno, siempre sensible a las solicitudes y necesidades de una población heterogénea en su mentalidad y origen étnico. La diligencia política y administrativa ahí implicada era formidable, no asegura el referido autor.

Rivero apunta que todo esto se vino abajo con un régimen republicano en que no se ha gestado ningún “pensamiento de gobierno” o “pensamiento organizador” o más genéricamente ninguna “ciencia de gobierno”. Los ensayos políticos

⁶ Rivero residió en México entre 1839 y 1842, aproximadamente, y todo indica que estuvo en estrecho contacto con la representación española recién inaugurada en México por esas fechas. Era un hombre conocedor del tema de las leyes y el derecho. Su libro fue publicado por Eusebio Aguado en Madrid.

⁷ Esta descripción fue encontrada como manuscrito en la Biblioteca Nacional de España y editada por Eduardo Flores Clair y Édgar O. Gutiérrez López, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.

⁸ En el primer capítulo de su libro, Rivero hace una sugerente interpretación sociopolítica del pasado colonial de México y afirma que la sociedad novohispana se rigió por dos principios distintos y contrapuestos: el del trabajo, que era un principio de democracia y aprecio al pueblo, y el aristocrático, que encarnaba las aspiraciones de los descendientes de los conquistadores, siempre deseosos de privilegios y preeminencias. Según Rivero, el principio democrático tuvo mucho más auge que el segundo, no en última instancia porque el mismo gobierno virreinal lo observaba y fomentaba.

de los mexicanos se le presentan como la destrucción de lo penosamente construido durante los tres siglos coloniales, sin que se haya visto sustituido por algo que de lejos tenga visos de duradero, razonable y viable en relación con el pensar y sentir auténticos de la población. Despreciar a la capital como un signo de nacionalidad figura entre las actitudes que Rivero considera disparates típicos de la nueva situación. Además, varios estados de la Federación no vacilan en regatearle también a la ciudad de México la tradicional preeminencia comercial de esta urbe, una función que Rivero estima justificada y necesaria:

Ha resultado aquí un gran golpe para la importancia comercial de la capital, que hubiera sido político sostener por toda clase de medios indirectos, aun sin contrariar abiertamente las doctrinas de una prudente libertad; siendo o debiendo ser la capital el gran nudo de la nacionalidad mejicana. ¿Ha hecho algo el gobierno en el sentido de estas miras del porvenir? El gobierno lo que ha hecho allí es arrastrar una mísera y a veces culpable existencia por entre los motines y las asonadas.⁹

Es de interés señalar que para Rivero la situación mexicana ofrece un buen mirador para identificar algunos de los grandes males de las sociedades contemporáneas, reproducidos en el país hispanoamericano con notable transparencia y gravedad. Rivero se refiere, por ejemplo, al esfuerzo de industrialización encabezado por Alamán con su Banco de Avío, algo muy noble pero que viene a ser un caso más de la atención excesiva dada por los gobiernos de la época a un ramo económico que no tiene por qué prosperar a costa de otros, principalmente del comercio. Otra reflexión suya sobre los males de su tiempo, de interés primordial aquí, se refiere a la pérdida del recto sentido de la educación.

Rivero considera que la educación ha sido sustituida en las épocas modernas por la difusión “de ilustración”, es decir mera difusión de conocimientos, sin que se contemple la formación de hábitos y principalmente el cultivo del sentimiento. Las líneas siguientes dan una idea de lo que este autor entiende por educación, en contraste con la mera transmisión del conocimiento:

En vano se ilustrará el entendimiento, y se enriquecerá con vastos y variados conocimientos, y se formará de ellos una vistosa galería, si la sabiduría no radica en el corazón, si la verdad, auxiliada de hábitos de todo género, no fija su trono indestructible en la elevada región del sentimiento, para desde allí alumbrar y calentar la existencia toda entera, presentándole un fin razonable que no la consienta divagar, y antes por el contrario la atraiga irresistiblemente con su divino imán.¹⁰

Éste es, desde luego, un típico tópico romántico de la época que toca en suerte vivir a Luis Manuel del Rivero. Basta recordar el *Emilio* de Rousseau y las posteriores obras de los escritores románticos tempranos del siglo XIX (Madame

⁹ Luis Manuel del Rivero, *Méjico en 1842*, p. 255-256.

¹⁰ *Ibidem*, p. 267.

de Staël, George Sand, Benjamin Constant, etcétera) para tener una idea del espectro de autores que se abocó a variaciones de este tema, ramificado ya en muchas astas y direcciones que no había tenido forzosamente con Rousseau.

También Vicente Calvo, comerciante residente durante un par de años en Sonora, se muestra preocupado por la escasa importancia concedida en su época a la educación en el sentido de Rivero. En su escrito se menciona como principal ejemplo el caso de la mujer, y nuevamente el escenario de México viene a ser tomado como paradigmático a este respecto.

En su *Descripción* referida a Sonora, Calvo menciona la situación educativa de México y sostiene que la falta de educación es causa decisiva de que el grueso de la población se deje embarcar continuamente en revoluciones queridas por unos cuantos. El pueblo hace suyas las causas promovidas por esos pocos sin que medie discusión o conocimiento de lo que está en juego. Así:

Esta observación general, confirmada a cada instante por las guerras civiles que despedazan a los mexicanos, por la ambición de algunos cuantos, nos da una idea bastante clara del abandono en que ha estado la educación de estos pueblos, cuyas ideas de amor al trabajo, sumisión a las leyes, subordinación a los magistrados, moderación, integridad y buenas costumbres se ven dolorosamente reemplazadas por las de holgazanería, libertinaje, irrespetuosidad, encono, perfidia y escandalosa inmoralidad.¹¹

Por tanto, en Sonora falta de manera muy aguda lo que de cualquier modo también falta en el resto del país, aunque quizá de una manera menos urgente: la creación de escuelas en que se enseñe “la moral evangélica y las máximas de una justa libertad”,¹² así como el desarrollo de la imprenta. Calvo no es un liberal conservador, lo que establece un contraste significativo con Rivero, quien sugiere intentar el establecimiento de una monarquía en México.¹³ El autor de la *Descripción* no distingue entre “educación” e “ilustración”, ni supone que en su época se esté descuidando la formación moral y sentimental por causa de un aprecio exagerado del progreso material, según piensa Rivero. Él condena el gobierno español en América por haber impartido una educación impregnada de superstición. Con todo, no se puede ignorar que la idea de Calvo sobre la educación pone un fuerte énfasis en la sabiduría del sentimiento mencionada por Rivero.

Por lo que toca a las mujeres de México,¹⁴ según Calvo, su precaria situación educativa las pone en un predicamento que a fin de cuentas es común al género

¹¹ Vicente Calvo, *Descripción...*, p. 183-184.

¹² *Ibidem*, p. 186.

¹³ *Méjico en 1842* es uno de los primeros libros escritos por extranjeros en que se propone ese ensayo monárquico ante la caótica situación del país.

¹⁴ Sobre la educación de las sonorenses afirma que: “La educación de las mujeres se reduce únicamente a las primeras letras, tocar el piano, el arca y la guitarra; algunas tienen buena voz que suelen lucirla con canciones eróticas que le dan un nuevo realce a su hermosura. Su entendimiento no está ilustrado, ni aplicado al corazón, porque no saben más que lo que el corazón les enseña”. V. Calvo, *Descripción...*, p. 186.

femenino en su totalidad: si la mujer no recibe en la edad adecuada una buena educación intelectual, la pérdida de sus atractivos físicos la condenará a una especie de vacío interior que sólo se explica por no haber cultivado un sentido de la vida más rico que el derivado de la relación con los hombres. En cuanto a la expresión de tal realidad entre las sonorenses, de mucho interés es el siguiente párrafo de la *Descripción*:

Se ve por desgracia en esta parte de la república [a] mujeres casadas con muchos hijos ya grandes, y que pueden ser abuelas de los suyos, presentarse en las sociedades y en los paseos vestidas y ataviadas como una niña de 16 años, pretendiendo con anhelo a pesar de su edad avanzada los homenajes de los jóvenes. Ilustrad el alma de esas pobres madres y haréis que emanen sus mayores goces del sentimiento mismo que las despedaza.¹⁵

De estar mejor educadas, apunta Calvo, las mujeres no ofrecerían este tipo de espectáculos y aprovecharían en cambio la oportunidad de resurgir en su importancia y dignidad cuando llegue el momento de ser abuelas, esto es, cuando su experiencia pasada de madres les dicte cómo ayudar a sus propias hijas en la crianza de los nietos. Así se convertirían en una pieza clave del restablecimiento de la sociedad cuando ésta ha sido destruida en sus bases, que es la situación que, como se ve, nuestro viajero percibe en Sonora y muchas otras partes de México.

Se notará que a fin de cuentas Calvo se está refiriendo, por lo que toca a las mujeres, a una educación del sentimiento en el mismo sentido que Rivero, más allá de las diferencias ideológicas entre ambos autores. Es la visión de la mujer como la persona que, con sólo contar con una atinada educación y buena guía para la vida, representa el más benéfico de los agentes sociales a partir de su sentimiento sabio de maternidad, un tipo de valoración y expectativa que abunda en la literatura romántica. No deja de ser irónico el que los editores del manuscrito de Calvo dieran en sus pesquisas con cuatro cartas que revelan una relación amorosa entre éste y una mujer que al parecer era mexicana y más precisamente sonorensa.¹⁶ Calvo desahoga ahí un rencor de lo que a todas luces fue un romance frustrado y frustrante, y no sería de descartar que esta experiencia lo haya estimulado o afianzado para escribir lo que aquí se ha referido.

De cualquier manera, más allá de este último asunto anecdótico, notemos que la importancia concedida al tema de la educación no es sorprendente en dos autores españoles. Cuestiones como la situación intelectual y laboral de la mujer, así como el estado de las carreras universitarias, han demandado mucho de la atención de los grandes políticos e intelectuales de ese país desde el siglo XVIII y todavía quedan como preocupaciones importantes en la centuria de Rivero y Calvo. Un ingrediente propio del entorno decimonónico es, sin embargo, la tónica sentimental que toda esta preocupación adquiere en las expresiones de los autores.

¹⁵ *Ibidem*, p. 186.

¹⁶ *Ibidem*, p. 227-235.

Tras de haber tratado sobre dos tópicos literario-morales relacionados con los temas de los misterios de las ciudades y la educación del alma, pasemos ahora a un tercero que asoma en la producción extranjera sobre México tras 1840. Será ocasión de hablar de un autor francés, Mathieu de Fossey, quien publica *Viaje a México* (1844) y posteriormente *Le Mexique* (1857), obra esta última en que recoge lo escrito en el primer libro y lo amplía con mayor información y un buen número de reflexiones del tipo que aquí interesan.

Como en el caso de los autores españoles vistos, podemos empezar con la idea que Fossey presenta de la capital mexicana en su primer libro.¹⁷

Fossey muestra una ciudad de México marcada por los grandes contrastes.¹⁸ En ella tienen lugar, por ejemplo, espectáculos de alta cultura como las representaciones operísticas de compañías italianas, si bien es también cierto que la asistencia del público mexicano a estas representaciones obedece en mucho al deseo de exhibirse antes que a una genuina predilección y gusto por el género. No importa, pues no faltan los empresarios que sostienen las funciones, aun si son deficitarias, y he aquí que hay una buena oportunidad para lucir la moda, visiblemente influida por las variantes europeas. Sin embargo, en la ciudad de México existe también la vida callejera y violenta de los léperos. Atento a esto, Fossey se refiere a los combates que los léperos sostienen continuamente entre sí, cuyo saldo se torna particularmente sangriento cuando se trata de días de fiesta. Los desafíos ocurren, de cualquier manera, a diario, y esto mismo ocasiona que no pase jornada en que no se reporten muertos por tales encuentros, particularmente en vinaterías:

He visto pasar un día de Todos los Santos hasta cinco muertos que llevaban a la Acordada. Al principio se me erizaba el pelo al presenciar tales espectáculos; pero como se presentan a cada rato, al fin llega uno a ver casi con indiferencia pasar, tendidos en una escalera de mano y destapados, aquellos cuerpos desfigurados y chorreando sangre.¹⁹

Podemos preguntar: ¿cómo se explica semejante violencia cotidiana a la que nada parece poner fin?

Fossey comienza su relación sobre los léperos y su violencia refiriéndose a la forma de vida de éstos, llena de vicios y exenta de remordimientos, aunque tam-

¹⁷ Fossey llegó, junto con otros franceses, a la zona de Coatzacoalcos hacia 1831 con el objeto de colonizar las riberas de este río, proyecto que fracasó. Optó por permanecer en México ocupándose principalmente como maestro de francés. Parece haber salido del país hacia la época de las guerras de Reforma. No sólo vivió en la ciudad de México, sino también en las de Oaxaca y Colima.

¹⁸ La descripción general de la ciudad de México, tal como se le presenta en su época, en Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 115-152.

¹⁹ *Ibidem*, p. 148.

bién caracterizada por una inusitada capacidad de compadecerse del otro cuando éste no es su adversario o víctima. Así ocurrió, por ejemplo, en 1838, en ocasión del conflicto armado con Francia, cuando los léperos se abstuvieron de atacar a los acosados franceses que residían en México. De manera parecida, Fossey admira que estos habitantes permanentes de las calles observen rigurosamente la jerarquía social y no sean ofensivos con la gente de más alto nivel social.

Desde el punto de vista social, lo más interesante de los léperos es la libertad que se les concede para vivir como lo hacen. En Europa sería inconcebible este margen de libertad, pues los robos y asaltos se volverían generalizados y obligarían a todos a andar armados y tener la habilidad necesaria para lastimar o matar a otros. ¿Resulta entonces que el europeo es por naturaleza más malo o perverso que el mexicano?

Fossey responde que no parece ser así, pero sí admite que la mayor rudeza del clima, los remordimientos, el pasar hambre, las mayores necesidades y la contemplación de los sufrimientos de sus allegados compelen a los europeos a tomar más inexorablemente el camino de la criminalidad. De alguna manera, las presiones del entorno físico y moral de Europa constriñen más la libertad del individuo que en México.

Por ende, si la criminalidad *lépera* es más selectiva en sus objetivos y menos desestabilizadora del orden público que la europea, ello se debe en gran parte a que ni el medio ni la naturaleza de la sociabilidad en México crean necesidades propias de una sociedad burguesa, que es el término (horrible, sin duda) que ahora daríamos en la actualidad al tipo de sociedad que Fossey sitúa en Europa. El mexicano no experimenta el clima ni la presión social que lo haría proveerse de las comodidades europeas y por lo mismo no es la necesidad la que lo mueve a robar. La verdadera causa de su inclinación al delito es la afición al juego y al alcohol.

La continua exposición a las heridas graves y a la muerte explica que de los léperos proceda un buen contingente del personal militar de México, pues “la vista del hierro y de la sangre no produce en ellos sino poquísimo efecto”.²⁰ Afrontan pues la posibilidad de morir con gran ecuanimidad, tomando la muerte como algo normal. Esto explica también la valentía del soldado mexicano de esta procedencia: ha perdido el temor y la capacidad de reflexión ante la eventualidad de la muerte.

A partir de estas consideraciones, Fossey se enfrasca en una disquisición sobre cómo el ser humano adquiere el ejercicio del valor guerrero. Apunta la circunstancia de que el combatiente que en su primera escaramuza tembló ante el sonido del primer cañonazo, apenas tres batallas después se ha convertido ya en un verdadero valiente:

Todos exigen el aprendizaje, quien más quien menos: en efecto, el desapiadado carnicero ha herido su primera víctima con mano poco firme; ha palidecido el trasteja-

²⁰ *Idem.*

dor la primera vez que ha medido con la vista el abismo en el cual está suspendido, y el comandante, que con paso firme conduce su batallón a la brecha, sintió doblarse sus rodillas cuando rompió su primer cartucho. Después de tomado un oficio se va poco a poco asumiendo su índole; cuando se recibe el título de soldado, acaba uno por entregarse a la muerte.²¹

Estas consideraciones sobre la criminalidad de las clases bajas de la ciudad de México proceden, como se ha indicado, del libro *Viaje a México* de 1844. En *Le Mexique* (1857) Fossey retoma este tema de la violencia, aunque añadiendo consideraciones sociales —o francamente sociológicas— que no estaban en su primer escrito.

El pasaje en cuestión es el relativo al duelo, que Fossey introduce al criticar la legislación que prohíbe esta práctica de honor entre los oficiales del Ejército mexicano. Entonces formula una argumentación que recuerda las ideas de Joseph de Maistre, el famoso escritor contrarrevolucionario oriundo de Saboya que hablaba de un gobierno providencial que incluye el sufrimiento y el derramamiento de sangre como aspectos infaltables de la existencia humana. Sin embargo, veamos primero lo que Fossey afirma en este nuevo libro sobre la situación política y social de México,²² más de diez años después de haber escrito el primer texto, para luego establecer el paralelo con De Maistre.

Como en su libro previo, Fossey procede comparando la sociedad mexicana con la francesa y atendiendo tanto al carácter nacional como al estado de la civilización en una y otra. Preserva y amplía dichas comparaciones para reiterar la idea de que si irrumpiera en Francia una situación de relajamiento legal similar a la mexicana, las condiciones se tornarían simplemente intolerables: los propios jueces franceses faltarían a su deber en forma aun más patente y perjudicial que los mexicanos. Por lo mismo, el carácter mexicano no aburguesado vuelve a aparecer como moderador de los males y de las consecuencias generales de una justicia deficiente, si no es que inexistente. De cualquier manera, para 1856 (fechas en que Fossey redacta su nuevo libro) la situación mexicana ha empeorado mucho. Esto se ha debido principalmente a la política: un partido, el de los liberales y federalistas, ha dado en relajar la aplicación de la ley, sobre todo en lo relativo a pronunciamientos, pues teme las represalias que habría que sufrir si se pierde el poder.

A esta percepción de las cosas, sustancialmente parecida a lo dicho en su *Viaje a México*, Fossey añade ahora la reflexión de que el castigo a los culpables es lo más importante de la justicia y que prescindir de él es imposibilitar esta última. El caso de México se torna particularmente interesante en tanto que esta verdad se muestra ahí con gran claridad. En este país se constata una perpetua impunidad del criminal sin que dejen de existir, por otra parte, jueces que fiel-

²¹ *Idem.*

²² Los pasajes en cuestión, en *Le Mexique*, París, Henri Plon, 1857, p. 252-271, 543-553.

mente cumplen con su deber y encarcelan a los culpables. Estos magistrados son, sin embargo, muy escasos y por lo mismo han de ser vistos como excepciones notables, no como agentes de una regeneración de justicia que de alguna manera pudiera estar en curso. De hecho, Fossey piensa que cualquier situación de orden implantada ocasional y sectorialmente en una sociedad ya acostumbrada al desorden y la inmoralidad pública viene a ser contraproducente. Hay una especie de ley sociológica que hace menos destructiva una situación social de desorden completo o casi completo que otra en donde instancias o imposiciones parciales de orden interrumpen el desorden general.

Por tanto, la regeneración mexicana no resultará de las acciones de magistrados aislados que hagan valer la ley en su esfera de acción exclusiva y que por lo mismo sólo avivarán las fuerzas en sentido contrario. La regeneración tendrá que venir por otra vía. Es aquí que Fossey redacta un pasaje en el que sostiene que la esencia de la justicia, sea procurada por la vía pública o la privada, es el castigo. El caso mexicano le enseña a Fossey que si bien una sociedad puede prescindir de las formalidades legales, de ninguna manera se puede dejar de lado la verificación del castigo, indispensable para su propia subsistencia.

Algo que le sirve a Fossey de evidencia para el postulado es la situación del Ejército mexicano. Se trata de la institución que más ha contribuido al desorden, sin que por el momento se avizore mejora alguna al respecto. Lo más relevante de la situación militar en México es que, si bien se cuenta con una tropa valiente (los léperos metidos a soldados), la oficialidad es en cambio cobarde y se ceba en los levantamientos y la búsqueda del poder político en lugar de la observancia del honor. Algo que podía haber cambiado todo esto habría sido el conceder a los oficiales la legalidad del duelo, lo cual se ha descartado al emitirse una ley de signo contrario. Prohibir el duelo es sinónimo de bloquear una fuente de energía y severidad moral que es la fuente primaria de la justicia y, más allá de ésta, de la misma existencia social. Fossey menciona la opinión emitida alguna vez por el general Manuel Gómez Pedraza en este mismo sentido y asegura que de la legalidad del duelo entre oficiales resultaría una regeneración por la vía del honor y de ahí también el restablecimiento del principio de castigo que el aparato institucional judicial no preserva.

El principio último de Fossey es, pues, la necesidad del castigo como resorte central de la justicia. Si el castigo es socialmente indispensable y no se consigue por la vía institucional, la prohibición de la única vía honorable que quedaría para hacerlo valer (el duelo), aun cuando sea bajo argumentos humanitarios, no implicará sino que la economía de sangre y sufrimiento se restablezca bajo otras formas, desde luego más bárbaras, y que de ninguna manera se terminará con los pronunciamientos y el caos permanente. Esto recuerda el clásico tema del escritor y filósofo contrarrevolucionario De Maistre en las *Veladas de San Petersburgo* (1821),²³ si bien ahora con un interesante cariz sociológico que no se encontraba en ese famoso autor saboyano.

²³ Aunque en realidad esta obra fue escrita en 1809.

Como se recordará, De Maistre había postulado un gobierno de la Providencia por el que prevalecía un castigo continuo a las violaciones de los mandatos de Dios. Si algo fascinaba a este autor era el pensar que en el fondo existe una economía de crímenes y castigos, de agravios y saldos de cuentas, no alterada en lo sustancial por las instituciones de pretensiones ilustradas, meta y orgullo del espíritu iluminista que él detestaba. Asumía que no hay hombre del todo inocente²⁴ y que por lo mismo no hay sufrimiento que no pueda ser visto como un castigo de las faltas cometidas alguna vez por el mismo doliente o causado en todo caso por la condición pecadora del hombre, incluida la del propio espectador que se escandaliza por el sufrimiento del prójimo y duda con ello del gobierno providencial. De esta manera, el supuesto problema de un mundo en que los inocentes padecen y los culpables quedan impunes termina por ser inexistente: el entendimiento humano no puede establecer definitivamente la inocencia o culpabilidad de unos y otros, de ahí que sólo quede admitir la soberanía divina en este renglón y asumir que el dolor y el derramamiento de sangre no es disociable del transcurrir humano.

Ahora bien, en Fossey no hay la voluntad de descrédito de las filosofías ilustradas que había en De Maistre cuando éste postulaba la imperfección de la justicia humana conforme a las directrices expuestas.²⁵ Los razonamientos de Fossey se refieren a la necesidad social del duelo, no a una teoría metafísica sobre las correspondencias necesarias entre pecados y castigos. Su idea es que el duelo sólo viene a cubrir las lagunas dejadas por la ley. Sin embargo, lo cierto es que piensa que la ley nunca cubrirá todos los casos de agravio y no deja por ello de haber un cierto sabor maistriano en su idea del duelo como algo necesario, con lo que justifica una práctica sangrienta que en su misma época es cuestionada por pensadores de peso.²⁶ No sorprenden los remanentes de este tema de la inevitable economía del castigo y la sangre si se atiende a la amplia difusión de las reflexiones del saboyano en la Francia decimonónica. Lo que sí hemos de considerar muy interesante es que se tome a la situación mexicana para resucitar, en versión sociológica, ese tipo de principios que recuerdan a los De Maistre.

²⁴ O que no existen, al menos, las bases para poder afirmar esto.

²⁵ Y tampoco hay en Fossey un talante crítico de la Revolución francesa, como lo había en De Maistre. Fossey traza algunos paralelos entre la historia de México y la francesa y piensa que a México le falta pasar por algunas fases de la Revolución francesa. Sin embargo, Fossey es católico y en esto podría estar la clave de alguna lectura suya del texto de De Maistre o de la conjunción de miras que hay entre ambos en el tema del castigo.

²⁶ Son conocidos, por ejemplo, los extensos y apasionados argumentos de Arthur Schopenhauer contra la legitimidad del duelo en el capítulo IV de sus *Aforismos en torno a la sabiduría de la vida* (1851). Allí el filósofo alemán fustiga la concepción caballeresca del duelo, el llamado *point d'honneur*, dadas las brutalidades que en su nombre se han cometido y aún se cometen. A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena. Aphorismen zur Lebensweisheit*, p. 441-466, en Arthur Schopenhauer, *Werke*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1989, IV.

Conclusiones

En el presente artículo se han esbozado algunas de las temáticas literarias con impacto en la curiosidad y reflexión de varios autores que escriben sobre México en los años siguientes a 1840. Los misterios urbanos, la educación del sentimiento y la necesidad del duelo son seguramente unos cuantos temas entre otros más que un rastreo profundo permitiría sacar a la luz. En general es poco el interés habido en nuestro medio de historiadores por este tipo de rastreo. Para efectos de investigación histórica este sondeo es de utilidad para conocer mejor este tipo de fuentes y la manera en que el género evoluciona, más allá de las inevitables diferencias que en él se puedan registrar por lo subjetivo de cada autor. Es claro que la sensibilidad romántica decimonónica quedó plasmada en las tres variantes temáticas aquí mostradas.

Una segunda consideración que viene al caso hacer aquí es la pertinencia de que se conozcan y difundan más algunos de los autores españoles que escribieron sobre México en esos años. El caso más significativo es el de Rivero, quien a pesar de haber escrito una relación bastante completa sobre las distintas facetas del país apenas es conocido o citado en los estudios y tesis que se escriben sobre la época santanista. También surge la impresión de que Zamacois ameritaría más reconocimiento y estudio desde el punto de vista de la historia literaria de México. El haber introducido y desarrollado el tema de los misterios, inspirado por Sue, le da un lugar significativo en dicha historia.

Es de esperar, pues, que entre los estudiosos de este tipo de obras se afiance un mayor interés por los vínculos con las temáticas literarias y desde ese punto de vista podamos también identificar algunas aportaciones extranjeras de relieve para la cultura nacional. Aquí se expuso el caso de Zamacois pero nada asegura que no pueda haber otros igualmente interesantes.

Finalmente, cabe destacar que lo aquí expuesto vuelve a mostrar el bagaje sociológico que late en muchas de las obras extranjeras sobre México en el siglo XIX. Desde luego, se trata de una curiosidad sociológica como podía haberla en esa centuria: llena de intuiciones, profecías, generalizaciones, sentimentalismos, etcétera, y también —según se ha visto aquí— de inspiración literaria. No era, desde luego, una sociología de métodos cuantitativos, talante hiperanalítico y rigorismo académico. Con todo, a estos autores les interesó delinear, comentar o reflexionar en torno al orden social o aspectos decisivos de éste, con atención particular a la cuestión de las costumbres y el perfil moral de la población. Puede haber llamado la atención el que se comenzara este artículo con referencias a escritos de Zamacois que aparecieron después que los libros de Rivero y Calvo, expuestos en el apartado siguiente. La intención fue precisamente mostrar la progresión hacia reflexiones más explícitamente sociológicas, como esa de Fossey en torno a la necesidad social del duelo. Puede, pues, observarse una secuencia de tratamiento en sentido de lo más literario a lo más sociológico y constatarse cómo la creación literaria estimula el estudio de lo social. □